

TELEVISIÓN | 65 |

‘Gran Hermano’ simultaneará nominaciones y expulsiones en su recta final

PERSONAL | 68 |

Garzón descubre su faceta literaria y resume en un libro parte de sus conferencias



Marta Román.

Los niños casi no pueden jugar en las calles por el tránsito de los coches

a la escuela solos, o a quedar con los amigos o a jugar al parque». En su opinión, los niños de hoy no aprecian las calles como un lugar de disfrute o de encuentro con otras personas, sino, simplemente, como una vía que les permite llegar a un sitio en concreto. «Casi siempre llevamos a los críos corriendo y con prisa. No se pueden fijar en nada y no se dan cuenta de los cambios que se producen en su entorno más cercano. Se pierden la riqueza de los olores y de las formas y también de los encuentros casuales», subraya la experta.

Román admite que no hay «soluciones mágicas» para hacer un lavado de cara a las ciudades y lograr que los niños se echen a sus calles. Una modificación de calado en los núcleos urbanos para hacerlos más accesibles para los chavales requeriría de un compromiso institucional muy importante y también de un cambio social. «Ya se han dado pasos en algunos lugares», asegura la geógrafa, quien advierte de que las calles han perdido a los niños *autónomos* en la mayoría de las urbes del país.

La presión de los padres es el peor remedio contra la tartamudez infantil

Las familias no deben exteriorizar su preocupación cuando el niño se traba al hablar porque eleva aún más su tensión y le lleva a cometer más errores

Un crío se convierte en tartamudo cuando «asume» que no puede expresarse bien, advierten los expertos

IVÁN ORIO / ILUSTRACIONES: MARTÍN OLMOS

«Un niño puede hablar atropelladamente, se puede trabar y pronunciar frases de carrerilla, pero sólo se convertirá en tartamudo cuando asuma que no puede expresarse con corrección». José Santacreu, profesor titular de Psicología de la Universidad Autónoma de Madrid y uno de los más reputados especialistas en el tratamiento de la tartamudez, subraya que la mayoría de los niños que cometen algunos errores cuando comienzan a hablar, habitualmente entre los 2 y 4 años, dejan de hacerlo «con el simple paso del tiempo». Advierte, sin embargo, de que la situación puede complicarse si los padres se asustan al comprobar que su hijo se traba y empiezan a exteriorizar su preocupación delante de él.

Si se da este supuesto, surge entonces una gran contradicción: el tartamudeo del crío será mayor cuanto más interés ponga en corregirlo. Santacreu y la profesora de Psicología María Xesús Froján han publicado una guía de prevención de la tartamudez infantil (Pirámide) en la que citan ejem-

plos reales para resaltar la importancia que puede tener el entorno familiar si el chaval se *atasca* en ocasiones al hablar: «Si se intenta de forma insistente conseguir que no tartamudee, estando alerta para enseñarle inmediatamente cómo se habla bien, o incluso castigándole porque lo hace mal, con 8 ó 9 años el niño tratará de hablar sin tartamudear y terminará por convertirse en un tartamudo», señalan.

Problemas particulares

Y es que, según los expertos, la presión de los padres, a la que a veces suelen sumarse la de familiares, maestros y amigos, puede hacer que el menor que sufre bloqueos al expresarse empiece a relacionar las situaciones del habla con momentos de tensión. «Si un niño en concreto presenta una predisposición a manifestar su ansiedad a través de un incremento de la tensión muscular, cada vez que se ponga nervioso –y eso ocurrirá casi siempre que hable– también se pondrá más tenso y, con ello, aumentará la probabilidad de que

surjan bloqueos, repeticiones y otros fallos característicos de la tartamudez», indican los especialistas en su estudio.

La tensión muscular, una respiración inadecuada y el condicionamiento ante determinadas palabras, sílabas o situaciones son los tres elementos que suelen estar detrás de las dificultades de dicción. No obstante, la presión externa es fundamental y, por ello, cada niño presenta problemas distintos e, incluso, algunos tartamudean en casa pero nunca lo hacen con los amigos o en el colegio, o al revés. Santacreu y Froján aluden en el manual al caso de una persona que se expresaba con absoluta fluidez cuando estaba sola y se ponía delante de un espejo y que, por el contrario, era incapaz de enlazar correctamente cuatro vocablos seguidos cuando salía de su habitación y conversaba con su familia durante el desayuno.

¿Qué pueden hacer entonces los padres para ayudar a sus hijos si ven que tienen fallos al hablar? «Lo primero, y más importante, es que no se asusten», reitera Santacreu

El paso del tiempo elimina los ‘atascos’ en el habla de la mayoría de los niños

Algunos menores se traban en unas situaciones y en otras no

El tartamudeo del crío será mayor cuanto más interés ponga en corregirlo

«Es importante que los padres no se asusten», subrayan los especialistas

desde su despacho de Madrid. El experto recomienda a los familiares que tienen dudas que lleven a su hijo a un especialista para quedarse tranquilos. Si sus sospechas están fundadas, también deben sossegarse, porque la tartamudez es un problema que tiene solución con una terapia adecuada. «Si el niño ha empezado a tartamudear hace poco, lo hace de vez en cuando y los padres lo notan, deben hablarle despacio y con tranquilidad. Si a pesar de ello tartamudea, no hay que ponerse nerviosos, porque el problema se puede agravar».

Un intento de llamar la atención

I.O.

Algunos niños pueden llegar a utilizar la tartamudez como un *reclamo* para atraer el interés de sus padres y convertirse en el centro de atención de los mismos. Es posible que estos chavales se den cuenta de que su familia está mucho más pendiente de él cuando se *atasca* al hablar y que decida emplearlo en beneficio propio. «Es posible que los padres estén mucho más atentos a lo que dice su hijo, que se fijen más en él, que muestren preocupación, tristeza o enfado en el gesto». «Y eso –advierten José Santacreu y María Xesús Froján– puede interesarle al niño».

Los episodios de exageración de la tartamudez también se pueden producir en el colegio, donde el alumno que no habla con fluidez «puede obtener ciertos privilegios en función de

su problema». «Por ejemplo, el maestro le puede eximir de contestar preguntas o de hacer lecturas en voz alta», indican los expertos. «El niño aprenderá el truco, lo utilizará de forma sistemática y querrá hacer creer a sí mismo y al resto del mundo que se pone muy nervioso cuando le preguntan. A través de este procedimiento, «puede salvarse de riñas y castigos».

Los escolares que se traban al expresarse suelen ser objeto de burla por parte de algunos compañeros y tratan de pasar desapercibidos en el recreo o clase. Si estas situaciones se repiten y el niño se lo cuenta a sus padres, éstos no deben reaccionar echándose las manos a la cabeza, sino que tienen que dejar muy claro a su hijo que sus problemas de dicción son pasajeros y que los superará. «Los padres tienen que estar con él y tranquilizarle», explica Santacreu.

